

EL MISTERIO DEL CUADRO ROBADO

La gran aventura de Marvin y James

ELISE BROACH

Ilustraciones de
Kelly Murphy



Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

Siruela

Las Tres Edades

Para Zoe, Harry y Grace

*Nadie ve realmente una flor; es demasiado pequeña.
No tenemos tiempo, y hace falta tiempo para ver,
igual que hace falta tiempo para cultivar una amistad.*

Georgia O'Keeffe



Una emergencia familiar

La familia de Marvin vivía en un rincón húmedo del armario situado debajo del fregadero de la cocina, donde una tubería que goteaba había ablandado el yeso, provocando que se descascarillara. Justo detrás de la pared habían excavado tres amplias habitaciones. Sus padres solían decir que vivían en un sitio perfecto. Era un hogar cálido gracias a las tuberías de agua caliente incrustadas en la pared; húmedo, lo que hacía fácil escarbar, y oscuro y mohoso como el resto de casas donde habían estado. Pero lo mejor era que de la papelera blanca de plástico que colgaba de un lateral no paraban de caer desperdicios: corazones de manzana, migas de pan, cáscaras de cebolla y envoltorios de caramelos, lo que convertía al armario en un sitio ideal para buscar comida.

Marvin y sus parientes eran escarabajos. Tenían caparzones negros brillantes, seis patas y una excelente visión nocturna. Como todos los escarabajos, no eran más grandes que una pasa. Pero eran muy ágiles: se les daba bien trepar por las paredes, correr por las encimeras y deslizarse con

disimulo por debajo de las puertas cerradas. Vivían en el enorme apartamento de una familia de Nueva York: los Pompaday.

Una mañana, Marvin se despertó en medio de un gran alboroto. Normalmente los primeros sonidos del día eran los leves susurros de sus padres en la habitación de al lado y, a lo lejos, el ruido metálico de cacharros en el fregadero de la cocina de los Pompaday. Pero aquel día oyó el chasquido frenético de los tacones altos de la señora Pompaday y su voz aguda e inquieta. Se estaba preguntando qué habría ocurrido cuando su madre fue a buscarle a toda prisa.

—¡Marvin! —gritó—. ¡Rápido! ¡Ven aquí! Tenemos una emergencia.

Marvin se escurrió de la bolita blanda de algodón que era su cama y la siguió medio dormido hasta el salón, donde su padre, su tío Albert y su prima Elaine estaban enfrascados en una conversación. Elaine corrió hacia él y le agarró una pata.



—¡La señora Pompaday ha perdido su lentilla! ¡Se le ha caído por el desagüe del lavabo! Y como eres el único que sabe nadar, necesitamos que la saques.

Marvin retrocedió sorprendido, pero su prima continuó hablando alegremente:

—¡Eh! ¿Y si te ahogas?

A Marvin esa posibilidad no le hacía tanta gracia como a Elaine.

—No me voy a ahogar —dijo con firmeza—. Nado muy bien.

Llevaba nadando casi un mes en el tapón lleno de agua de una vieja botella de zumo. Era el único miembro de su familia que sabía nadar, una habilidad ante la cual sus padres se maravillaban y de la que se atribuían el mérito.

—Marvin tiene una coordinación excepcional y un control increíble de sus patas —solía decir su madre—. Me recuerda a cuando yo hacía ballet.

—Cuando se empeña en hacer algo, no hay quien lo pare —añadía su padre con aire de suficiencia—. De tal palo tal astilla.

Pero en aquel momento esas palabras no le consolaron mucho. Nadar en el tapón de una botella era una cosa —tenía poco más de un centímetro de profundidad—, pero nadar dentro de un tubo del desagüe era algo totalmente distinto. Caminó nervioso de un lado a otro de la habitación.

Su madre estaba hablando con el tío Albert, furiosa.

—¡Pues yo creo que no! —exclamó—. Es solo un niño. Que los Pompaday llamen a un fontanero.

Su padre negó con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado. Si un fontanero se pone a hurgar ahí dentro verá que la pared se está cayendo a pedazos.



Les dirá que tienen que cambiarla y será el fin del hogar de Albert y Edith.

El tío Albert asintió enérgicamente con la cabeza y le hizo señas a Marvin.

—Marvin, amigo, ¿qué opinas? Tendrás que bajar por la tubería del baño y encontrar esa lentilla. ¿Crees que podrás hacerlo?

Marvin dudó. Sus padres seguían discutiendo. Entonces su padre le miró tristemente.

—Hijo, iría yo mismo si supiera nadar. Sabes que lo haría.

—Nadie puede nadar como Marvin —dijo Elaine—. Pero quizá ni siquiera él sea capaz de nadar tan bien. Seguramente ahora haya un montón de agua en esa tubería. ¿Quién sabe hasta dónde tendrá que bajar? —hizo una pausa dramática—. Puede que nunca consiga volver a la superficie.

—Shhh, Elaine —dijo el tío Albert.

Marvin agarró el trozo de cáscara de cacahuete que usaba de flotador cuando nadaba en su propia piscina y respiró hondo.

—Al menos puedo intentarlo —le dijo a sus padres—. Tendré cuidado.

—Entonces voy contigo —dijo su madre—, para asegurarme de que no haces ninguna insensatez. Y si es mínimamente peligroso, no nos arriesgaremos.

Así que se encaminaron hacia el baño de los Pompaday, con el tío Albert a la cabeza. Marvin le seguía detrás de su madre, muy pegado a ella, con la cáscara de cacahuete metida torpemente bajo una de sus patas.